

BOCETOS

I PUESTA EN MARCHA

Nombre y tema

de un poema:

«El poema del tren y del andén».

Está en el andén la muerte y nuestra vida es el tren.

Y los placeres,

estaciones donde para la angustiada
maquinaria del dolor.

Y vosotras sois, mujeres,

maquinistas que nos llevan por la ruta esplendorosa
del amor.

II OASIS DECORATIVO

En un alero, entre dos torreones,
hay una teoría pautada de gorriones
bajo los brazos rectos de nuestra Santa Cruz.

Y cuando el sol su luz

vierte sobre un motivo ornamental tan bello,

brilla la Cruz con celestial destello;

y los gorriones

son carne de rubí como los corazones.

III BARBARISMOS

—Y... ¿qué será «eclosión»?—me preguntaba
una belleza en flor.

—Pues... «eclosión»,... es una linda nena

que, asomada al balcón,

le sonríe a un mocito, que suspira,

firme al pie de un farol.

—Y ¿«devenir»?—la pregunté yo luego.

—¿Me puedes dar una definición?

—No sé, no sé. Como no sea, acaso,

que se apagó el farol.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

EL «TREMENDISMO» EN LA LITERATURA

AÚN no se han apagado las voces que se levantaron en defensa de las escuelas pictóricas clasicista y modernista, representadas por Sotomayor, Dalí, Picasso, Perceval y otros muchos, cuando surge de pronto, casi sin esperarlo, una nueva y flamante polémica, pero esta vez, entra de lleno en el campo literario. Camilo José Cela con su novela «La Colmena»—editada en el extranjero y desconocida todavía en España—ha sido y es, el eje principal de esa polémica. Pero vayamos por partes.

Las guerras—es un hecho probado—traen, junto a inmensas desgracias económicas y morales, nuevas formas y modos de hacer, de pensar, de ser, y de estilo en el hombre. Nuestro mundo, nuevamente ha servido de escenario para una colisión bélica, sin precedentes tan catastróficos, que ha durado seis años. España ha padecido los rigores de una guerra civil, y otra, peor si cabe, que abarca el campo de lo económico, sin despejar todavía; de lo cual, buena parte de culpa tiene la pasada contienda mundial. Tanto es así, que una y otra—la civil y la económica—han tenido el privilegio, si así puede llamársele, de mudarnos la piel.

Pues bien, producto de la nueva etapa potsguerrera de nuestra patria, es la concepción literaria del «tremendismo», género éste, causa de la polémica de la que vamos a tratar.

Al «tremendismo», actualizado además de en España, en la mayoría de las naciones civilizadas, podemos definirle como a una nueva faceta literaria y artística que pretende enseñar a las gentes, en palabras, imágenes y retratos, todo cuanto de execrable tiene el mundo en que viven. En el campo de las palabras, es la literatura quien manda. De ella, bajo el signo de lo tremendo, son sobresalientes cultivadores, Camilo José Cela, Darío Fernández Flórez, Juan Antonio Lomas, y algunos galardonados con el «Pujol» que, enmarcados en la llamada literatura social, rozan queriendo o sin querer, ese campo literario. Esto, en cuanto a los españoles se refiere. De los extranjeros, tenemos un máximo representante en el italiano Curzio Malaparte, con sus obras «Kaputt» y «La piel». Esta última, editada en España, pero para su distribución en el extranjero, y que aventaja con mucho a «Kaputt» en cuanto a su calificación de «tre-

mendista». El sueco Part Lagervict, último Premio Nóbel de Literatura, ha obtenido clamoroso éxito con «Barrabás», de marcado signo tremendista. El francés Maxence Van Der Meersch con «El pecado del mundo» y la terrible realidad de su «Cuerpos y almas» también lo consideramos como un aventajado escritor del nuevo hacer literario. Así podríamos citar muchos otros, pero no nos es necesario para lo que pretendemos exponer en este modesto artículo.

Entremos ya de lleno en lo que unos y otros, tendencias dispares naturalmente, opinan sobre el tan cacareado «tremendismo».

Federico Sopeña, magnífico escritor y mejor músico, religioso vocacional, crítico del diario «Arriba» y un gran valor de nuestra Nueva España, ha dado la alarma en las columnas del citado diario, ha clamado, en una palabra, contra el nuevo estilo, contra las nuevas maneras de hacer novelas, novelas tremendas, donde el objetivo principal se centra, en las masas pobres, proxenetas, prostituídas, criminales, hambrientas, etc. etc., llamadas muy bien, miserables. ¡Basta ya, por Dios! ha dicho Sopeña; teme y con razón, que esta agudizada manía del pensamiento moderno de sacar a flote todo lo que se revuelca en el lodazal putrefacto del bajo mundo, oprimido por las injusticias y los vicios, se haga en poco tiempo escuela literaria donde prueben fortuna, plumas que aún no se han contaminado del «veneno tremendista». Ha dado la voz de alarma Sopeña, pero como ocurre siempre en todas las cosas de la vida, unos han corroborado la tesis regeneracionista del escritor y otros han salido en defensa de ese nuevo decir literario, arguyendo razones que voy a dar al lector para que juzgue por sí propio.

Antes, yo he de decir aunque mi opinión valga poco, que creo admisible ese estilo moderno, cortante, realista, de los novelistas actuales, siempre que se cuide—como alguien dijo ya—la forma del lenguaje, sin caer en expresiones burdas, en vulgarísimos tópicos, y en decires propios del más abyecto ineducado; y siempre que al lector de cualquier formación la trama le lleve al convencimiento pleno, total, que aquello que tiene ante sus ojos es, lo que *no debe hacer ni imitar*, siendo para él la lectura un bálsamo que le cure, si enfermo estaba, y si estuviera sano, que le prevenga, con el fin de mantenerse en tan decente estado.

Y ahora, vamos con los polemistas y críticos de la novela de Cela. La revista «Índice» que dirige nuestro paisano Juan Fernández Figueroa ha recogido algunas impresiones de plumas autorizadas, de fama nacional y con proyección al exterior.

Juan Antonio Zunzunegui, buen escritor, vasco, erudito, y bien conocido de los amantes de las letras por su obra y por su querrela con el crítico teatral Marquerie, afirma que «se puede decir todo, pero con buenas maneras, según escribe el francés Maurice Barrés. Sólo, sigue diciendo Zunzunegui, cuando el personaje y el ambiente son un medio para mayores demostraciones está justificado, pero con arte y buenas maneras, el uso de ciertos temas y personajes».

Víctor Ruiz Iriarte, revelación teatral de nuestra época, dice: «Y

sucede con el «tremendismo» lo mismo que con el flamante realismo italiano cinematográfico. Yo, la verdad, no puedo creer que la Roma de hoy sea sólo ese arrabal sucio y gólfico que aparece fotografiado en «El ladrón de bicicletas». Puede irritarnos el llamado «tremendismo», pero salvemos el debido respeto a la verdad, que no es moda o deporte, sino autenticidad». Hasta aquí Iriarte. Tenemos que hacer una salvedad. Al hablar de «El ladrón de bicicletas» Ruiz Iriarte se quejó de que la Roma de hoy no puede ser ese «arrabal sucio y gólfico»; nosotros creemos que el hecho de fotografiar esos lugares, no quiere decir que Roma sea eso, pero sí, que sea una parte de ese triste vivir, como en cualquier ciudad del mundo, divididas todas en estamentos sociales de distintos matices.

Sigamos con las opiniones en torno al «tremendismo», que dan los grandes maestros. César González Ruano afirma que «La Colmena» le parece una excelente novela, muy de nuestro tiempo, que en España ha cambiado visiblemente las influencias de la literatura francesa por ciertos modos de la anglosajona».

Dámaso Alonso tilda a «La colmena» de admirable novela. Gonzalo Torrente Ballester afirma lo propio. Y por último, cerremos las opiniones, con la del Dr. Marañón que cree que «después de «La colmena» queda abierto, ya sin tropiezos, el gran camino para Camilo José Cela. Y ahora dejemos paso al propio autor de la novela; oigámosle: «Soy de los que preferimos llegar seria y honestamente a este género de la novela, blanco de todas las iras y caballo de batalla de la batalla más extraña. De «La colmenana» he preferido hacer una obra moralizadora».

Como se ve por lo que queda dicho, los escritores más reconocidos, consideran admisible este género literario, siempre que se refleje en los libros fidedignamente la terrible realidad social de muchos barrios bajos de las grandes urbes y el desesperante tono educativo, ínfimo por demás, de los seres que en ellos viven, arrastrando su desgraciada existencia. Recuerdo aún la impresión repulsiva que me produjo la lectura de la obra de Darío Fernández Flórez; «Lola, espejo oscuro», pero no dejo de reconocer que, aparte la originalidad del tema, hay en ella, visos de tremenda realidad, mas ciertamente también, poca delicadeza narrativa.

Pongamos punto final a este trabajo, afirmando por un lado que Sopeña tiene mucha razón en lo que dice, pero por otro, se merece tener en cuenta la opinión de aquellos que sostienen tesis contrarias; ni Sopeña está solo en su clamor, ni los demás tampoco. A nosotros nos incumbe decir que sean bien venidas estas polémicas que tienen la virtud de atraer a la masa hacia las cosas del intelecto. ¿Cuándo se habló tanto de pintura entre el vulgo, sino cuando la conocida diatriba de Sotomayor y su escuela y de Dalí y la suya? Que nosotros recordemos, nunca.

Podemos preguntarnos: ¿Hará la literatura «tremendista» daño a los espíritus, a las almas de sus apasionados seguidores? Creemos que si los lectores de ese género poseen una formación religiosa e intelectual sólida, no se contaminarán de cuanto de morboso pueda

haber en ella. Si creyésemos lo contrario, seríamos los primeros en lamentar la aparición de ese nuevo narracionismo que nos presenta el lado negativo del mundo, conocido en realidad por todos, bien por conversaciones, estudios ambientales u otros análogos; o bien por vivirlos o haberlos vivido realmente. El signo de los nuevos tiempos nos ha traído el «tremendismo», y al llegar a nuestras manos, no nos queda otro camino que leerlo con las precauciones debidas o no leerlo, por pensar que nos puede dañar, y en verdad, que hay que mirar para adentro y auscultarnos nuestra alma, para si está enferma por razón de esas lecturas, rechazarlas, y si está sana, aún leyéndolas, hacer lo posible por remediar el caos en que se debaten esas gentes que sirven de personajes centrales a buenos escritores y mejores observadores de la realidad, de un mundo que lleva pesadas cadenas al hombro, por culpa de su pecado de origen.

ENRIQUE SIVEIRA PEREIRA

Direcciones de Colaboradores de "Alcántara"

Como venimos observando que muchos de nuestros lectores desean entablar correspondencia con los firmantes de los trabajos que en esta revista se publican, y para ello primero han de escribir a esta Redacción para que les facilitemos las señas a que dirigirse, comenzamos en este número la publicación de aquellas señas que nos ha sido posible reunir, y rogamos a los demás colaboradores nos envíen las suyas, para también darlas a conocer en sucesivos números de ALCANTARA

Acedo Iglesias, Dionisio.—Plaza de América. Cáceres.

Borrachero, Miguel.—Notario. Totana (Murcia).

Bravo, Fernando.—Avda. Virgen de la Montaña, 25. Cáceres.

Caba, Pedro.—Burjasot (Valencia).

Calderón Rodríguez, Andrés.—Calvo Sotelo, 61.—Badajoz.

Callejo, Carlos.—Pasaje Virgen de la Montaña, 2, 2.º Cáceres.

Canal, José.—Plaza General Mola, 30. Cáceres.

Cardenal García, Mariano E.—A. de Correos, V. de Alcántara.

Carrasco, Cástulo.—Donoso Cortés, 27. Cáceres.

Cordero, Juan Luis.—José Antonio, Cáceres.

Delgado, Jesús.—Zarza de Alange (Badajoz).

Gazul, Arturo.—Enrique Granados, 116, 3.º, 2.º. Barcelona.

Hinjós, José de.—1.ª Transversal de Cánovas, 6. Cáceres.

Muñoz de San Pedro, Miguel.—Plaza de Santa María. Cáceres.

Pérez de Pérez de Villar, Manola.—Enladrillado 19. Sevilla.

Romero Mendoza, Pedro.—Gómez Becerra, 2.—Cáceres.

Tena Fernández, José.—Ayuntamiento. Trujillo.

NOSTALGIA

«Ya no hay niños en casa!
¡ya todos son mayores!
¡qué pena recordar
sus rostros seductores

y esa santa inquietud
de chiquillos traviosos
que se hacen perdonar
con caricias y besos!...

El tiempo se me escapa
veloz de entre las manos;
quisiera detenerle:
¡Mis esfuerzos son vanos!

Y los que ayer, inquietos,
probaban mi paciencia
hoy hablan de mil cosas
casi con suficiencia.

¡Levantaréis el vuelo
pájaros de mi nido!
¡Dejaréis estos brazos
que tanto os han mecido!

Os llevarán muy lejos
alas de la ilusión...
pero habréis de acordaros
de este viejo rincón.

Y cuando esté la casa
vacía y silenciosa,
besaré vuestras huellas
impresas en las cosas.

Aquel juguete roto,
con la cuerda saltada;
la pintura rupestre
que vuestra mano alada
dibujó con soltura
de pequeño maestro

en mi devocionario
que tomasteis por vuestro.

De aquel libro de Bécquer
la página rasgada,
vuestros cuentos de Andersen
con su pasta arrancada...

¡Destrozos que en su tiempo
os valió un buen sermón
me traerán luego al alma
nostálgica emoción!

En el ambiente frío
del hogar sin encanto
flotará vuestra risa,
sonará vuestro llanto.

Alegres y lejanos
ecos de vuestra infancia
llenarán el ambiente
de una suave fragancia.

¡Nos dejaréis tan solos!...
Solos como aquel día
al volver del altar
radiantes de alegría!

¡Solos igual que entonces,
mas todo tan cambiado! ..
¡Qué blancos los cabellos,
el corazón cansado,

sin brillo la mirada
alegre y sonriente,
y surcarán arrugas
mis manos y mi frente!

Al mirarnos de nuevo
tendremos que pensar
¡ay! que toda una vida
pasó por nuestro hogar!

ELADIA MONTESINO